

EL LUGAR DE UN HOMBRE: EL SUICIDIO, LA MUERTE Y LA VIOLENCIA

DONATELLA PINI | UNIVERSIDAD DE PADUA

1. EL PROYECTO

Creo que podemos situar el momento en que Sender concibe el proyecto de *El lugar de un hombre* en 1935, y precisamente en el artículo titulado «Hace diez años. Recordando lo de Osa de la Vega», que se publicó en *La Libertad* (pp. 1-2) el 28 de julio de ese año¹.

Aunque hay síntomas de que el primer germen de esta idea podía haberse ocurrido incluso anteriormente (es decir tres años antes²), nunca Sender se había expresado de una manera tan articulada, tan consciente e intencionada como en este editorial a propósito de la actualidad que podría tener para el público español una obra centrada en el tema del llamado crimen de Cuenca.

Después de recapitular en síntesis significativa aquella cadena siniestra de acontecimientos, observa:

En los factores que determinaron la acusación contra Valero y León Sánchez tenía no poca parte el caciquismo político y los manejos electorales [...] (p. 370).

.....

¹ Reproducido en Ramón J. Sender, *El lugar de un hombre*. Ed., introd. y notas de D. Pini, Huesca-Barcelona, IEA-Destino, 1998 («Materiales», pp. 366-371). En adelante, citaré por esta edición.

² En la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Madrid, Espasa-Calpe, apéndice IX, 1933, pp. 1230-1231, s.v. *Sender*, se anunciaba como próxima la publicación por parte del escritor aragonés de una novela titulada *La dula*, que podía coincidir con el primer esbozo de *El lugar de un hombre*, imaginado tal vez bajo el signo del costumbrismo precisamente por llevar ese título. En efecto, Sender habla de la dula en los caps. IV y VI de la novela, retomando un tema que había tratado por primera vez en el artículo «La dula de Coscollano», *La Libertad*, 3.887, 3.10. 1932, p. 1 (reproducido posteriormente en *Proclamación de la sonrisa*, Madrid, Pueyo, 1934, pp. 66-69). Cfr. D. Pini, *Ramón J. Sender tra la guerra e l'esilio*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 1994, p. 146, y Ramón J. Sender, *El lugar de un hombre*, ed. cit., pp. 60-61 (y n. 71) y pp. 85-87 (y n. 103).

Luego declara tajantemente:

Sería largo de explicar; pero tendría una gran ejemplaridad (p. 370).

Es la reflexión sobre el significado político de aquel caso, y el consecuente descubrimiento de sus grandes potencialidades demostrativas, lo que le sugiere al novelista, en su mismo asomo a la memoria, la idea de explotarlo literariamente.

Se trataba, como sabemos todos, de un caso ocurrido efectivamente y que Sender conocía muy bien, hasta en sus aspectos más recónditos, ya que él mismo había efectuado para *El Sol* en 1926 el reportaje más importante ofrecido por la prensa periódica sobre el asunto³; y que ahora juzgaba portador de esa «ejemplaridad» que, en su concepción, debía ser constitutiva de una novela⁴.

No es de escasa importancia, a mi aviso, volver a leer este editorial, publicado en un momento grave para España (marcado por ese proceso involutivo llamado «contrarreforma agraria», que culminaría con la ley del 1 de agosto de 1935⁵). Porque la conjunción entre proyecto literario y contexto histórico que allí destaca —conjunción en la que Sender se sentía metido muy profundamente⁶— explica de manera elocuente la finalidad primera que el libro estaba llamado a desarrollar. De una manera tan clara que puede justificar en el comentarista la sensación de lo obvio y lo trivial, explicando así por qué se suele pasar por alto.

El proyecto, tal como se perfila en el citado artículo, debía consistir en asumir el crimen de Cuenca como un argumento paradigmático de la injusticia social deshumanizadora, de la explotación del pueblo por parte de las clases dominantes (una explotación que va mucho más allá del plano puramente económico, llegando hasta el punto de quitar la personalidad, la libertad, y también la incolumidad física y la vida misma) para llegar a plantear el tema del derecho del proletariado a la violencia y a la revolución. Concluye, en efecto:

³ Ramón J. Sender, *El lugar de un hombre*, ed. cit., «Materiales», pp. 331-366.

⁴ Cf. Patrick Collard, *Ramón J. Sender en los años 1930-1936 (sus ideas sobre la relación entre literatura y sociedad)*, Gent, Rijsuniversiteit te Gent, 1980, pp. 141-146.

⁵ Ramón Tamames, *La República. La Era de Franco*, Madrid, Alianza Editorial-Ediciones Alfaguara, 1986, pp. 83-85.

⁶ Un año después desarrollaría este concepto en el artículo «El novelista y las masas», *Leviatán*, 24, mayo 1936, pp. 31-41, donde parece claro que Sender se siente plenamente identificado con el papel de escritor e intelectual orgánico.

No hubo otra sangre en el crimen de Osa de la Vega que la de León Sánchez y Valero, ni en los fallos de la «justicia histórica» viene habiendo otra sangre que la sangre popular. También el pueblo, como León Sánchez y Gregorio Valero, tiene purgados asesinatos que no cometió. O sea que ha pagado anticipada la capacidad y el derecho al homicidio. Ojalá fuera posible todo sin que llegara a ejercitar ese derecho (p. 371).

Estas palabras, que prefiguran el conflicto que estallaría un año después, no dejan lugar a dudas sobre el radicalismo que Sender abrigaba en 1935 y sobre el mensaje revolucionario que estaba destinada a lanzar una obra como esta, que se venía fraguando en su mente, sobre el crimen de Cuenca. En estas palabras se auspicia con fuerza la revolución y se legitima también la violencia sangrienta que de ella pueda derivar si es que el proceso revolucionario la hace indispensable.

Violencia y muerte, entonces, son conceptos «fundacionales» alrededor de los cuales se concibe y se construye el texto de *El lugar de un hombre* ya a partir de ese artículo de 1935, donde queda planteada también una perspectiva política que vale la pena señalar. Recordando su propia actuación como periodista enviado por *El Sol* en 1926 a informarse sobre el escándalo estallado en el campo de Cuenca, Sender subraya cómo su objetivo principal había sido delatar que, si León Sánchez y Gregorio Valero llegaron a confesar un crimen que no habían cometido (el asesinato de José María Grimaldos, el cual, en cambio, se había alejado de su pueblo espontáneamente), esto se debió a la tortura usada normalmente como instrumento investigativo en el sistema judicial español⁷. Así recordaba Sender en 1935 su actuación en 1926 en tanto reportero para *El Sol* desde Cuenca:

La censura de Primo de Rivera impidió decir entonces lo principal: por qué León y Valero llegaron a declararse autores del asesinato de Grimaldos. Yo relataba las torturas para que los celosos auxiliares del señor Laiglesia se escandalizaran y tacharan galeradas sin cuento. Y, sin embargo, a todos hubiera convenido saber hasta qué punto el juez de Belmonte —el señor Echenique, ya fallecido— estaba identificado con el sargento de Guardia civil (pp. 367-368).

.....
⁷ A tal propósito, vale la pena recordar que crimen de Cuenca y pasión civil quedarían estrechamente unidos en la creación literaria y fílmica: ulteriores transposiciones artísticas del crimen de Cuenca, como la novela de Antonio Ferres, *Con las manos vacías* —editada en 1964, durante la dictadura de Franco— y el libro de Lola Salvador y la película de Pilar Miró, titulados *El crimen de Cuenca* —aparecidos en 1979, en plena transición— revelaron que la tortura seguía trágicamente activa en el sistema judicial. Significativamente, la película fue prohibida durante dos años por los tribunales militares y pudo ser vista por el público español solo en 1981.

Esta voluntad de denunciar el uso de la tortura en lucha contra la intervención continua de la censura, denota ante todo una honda pasión civil. Pero también una perspectiva política, que se puede apreciar en las palabras siguientes:

Es de suponer que después de estos datos —y tantos otros que serían impublicables— nadie atribuirá la «confesión» de León y de Gregorio a idiotismo aldeano. En la confesión intervinieron factores humanos elevados, consideraciones de piedad heroica, sentimientos sublimes —de esa sublimidad inaccesible para tantos cerebros que se rigen por la inclinación femenina a «lo bello» y a «lo conveniente»—. La nobleza y la dignidad estaban con Valero y León Sánchez. Con el Estado, la barbarie (p. 368).

Lo que Sender plantea aquí (matiz misógino aparte) es una contraposición de valores que invierte la contraposición dominante en la sociedad conservadora. Lo cual parece abrir una perspectiva optimista en su mirada política, haciendo vislumbrar como próxima la hora de la toma del poder por parte del proletariado:

Nosotros hemos visto en ellos el esfuerzo callado, la hombría, la fuerza activa, la nobleza y la rectitud de las capas populares españolas vírgenes de toda corrupción teologal, «civilizadora», sin ninguna responsabilidad en la desdicha nacional ni en la anarquía social de un capitalismo atrasado y cerril (p. 370).

Lo bello y lo puro no estriban en el aspecto exterior, y por lo tanto no pertenecen a las clases dominantes que lo cultivan espasmódicamente; en cambio pertenecen a aquellos grupos humanos que, sin tener el dinero para cuidarlo en apariencia, cultivan en profundidad la dignidad moral del hombre. Se trata de una inversión que tuvo un papel estructurante en la novela social⁸, por ser especialmente eficaz (pese al peligro de un maniqueísmo esquemático) para plasmar artísticamente la serie de oposiciones que marca la conflictividad entre las clases. Sender la explotará intensamente en largos capítulos de la novela; en particular en el capítulo X (*La oración de una virgen*), donde la merienda organizada en casa del cacique y la atmósfera melindrosa que se respira allí, contrastan violentamente con las torturas (contadas en los caps. VIII y IX) sufridas contemporáneamente por Juan y Vicente en el pueblo cercano.

.....
⁸ Collard evidencia en *Los pobres contra los ricos* de Arconada el contraste «entre la muerte miserable de Julio después de una vida desdichada, y la memez de una literatura que pinta un mundo falso presentado a través de vidrios rosados» (*Ramón J. Sender en los años...*, p. 81).

Pero aquí, en el análisis esbozado por Sender en 1935, el discurso político cobra una inflexión ulterior, la antiestatal; y revela (al igual que otros síntomas que se han sacado a colación para aclarar el debatido tema de su trayectoria política en los años treinta) la persistencia del componente anarquista en su pensamiento, incluso en esa época en que se había alejado del anarquismo para aproximarse al comunismo⁹. Lo que destaca aquí es una contraposición entre dos individuos representativos de una clase explotada y la máxima institución: «La nobleza y la dignidad estaban con Valero y León Sánchez. Con el Estado, la barbarie» (p. 368).

«Sangre», «asesinatos», «barbarie»...: estos significantes apuntan a temas fundamentales, como la muerte y la violencia, sobre los que Sender reflexiona, sí, apasionadamente, pero entre unas coordenadas que son ideológicas. La novela, tal como se perfila ahora, se anuncia bajo los auspicios de una síntesis personal y un tanto empírica entre anarquismo y comunismo, y en una perspectiva que apunta con cierta confianza hacia un futuro mejor, alcanzable por los hombres dispuestos a luchar. Con estos supuestos, *El lugar de un hombre* se anuncia como una novela social¹⁰ animada por un propósito testimonial y demostrativo más que argumentativo o de discusión.

2. LA REALIZACIÓN

La oposición entre los pobres, portadores de valores positivos, y los ricos o del *establishment*, que en cambio representan lo negativo, no solo sigue siendo válida en la novela tal como había sido planteada en el editorial (1935), sino que tiene un papel estructurante que vertebra el texto tanto de la primera edición (1939) como de la segunda (1958).

Y también la defensa de los derechos humanos tiene mucha importancia en la novela a pesar de la reducción que sufre precisamente la serie de páginas en que se describe y denuncia la tortura¹¹. Reducción que no pare-

⁹ En una carta dirigida desde Moscú a la revista comunista *Octubre* el 4 de julio de 1933 y publicada en el número 4-5 de octubre-noviembre del mismo año, p. 6, y sobre todo en sus cartas al diario *Mundo Obrero*, órgano del Partido Comunista, del 30 de enero y del 7 de febrero de 1933, Sender había hecho públicas declaraciones a favor del Partido Comunista.

¹⁰ Llamo así por brevedad la novela comprometida que se publicó en la España de la II República. Sobre la dificultad de denominación de este subgénero de la novela, cf. F. Castañar, *El compromiso en la novela española de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

¹¹ Cf. D. Pini, *Ramón J. Sender...* cit., pp. 162-163. R. J. Sender, *El lugar de un hombre*, IX, pp. 82 / 102-103; IX, pp. 85 / 106; XII, pp. 105 / 137-139 (la raya oblicua separa las páginas de la segunda y primera versión, reproducidas respectivamente en el texto y en las «variantes»).

ce significativa desde un punto de vista ético, o político, ya que obedece más bien a un criterio estético: en el caso del horror, la repetición puede surtir efectos de un inútil recargamiento a expensas de la eficacia.

En cuanto a la reflexión sobre el derecho a la violencia, pagado por los humildes de antemano, las cosas cambian entre el artículo de 1935 y la novela, a pesar de la formulación que, en cambio, es muy parecida. Una vez reaparecido Sabino, el campesino que se había tenido por muerto (equivalente novelesco de José M^a Grimaldos), la bruja Ana Launer se dirige a Juan (equivalente de Gregorio Valero, cuya inocencia se acaba de descubrir ahora) con palabras que recuerdan muy de cerca el artículo del 35:

—Has pagado adelantado un crimen y tienes derecho a cobrártelo en la sangre de un semejante.

Volví a reír [...] ¹². Ana Launer reía en la calle y ahora su risa era metálica, como el chirrido de una comadreja:

—Tienes un crimen pagado, Juan. Refresca tu memoria y elige el que más te cuadre, Juan. [A ella o a él.] ¹³ (XVI, pp. 143 / 188-189).

La significación que dichas palabras cobran en el contexto narrativo con respecto al texto periodístico, apunta al ámbito de las pasiones, a la venganza individual y no ya a un objetivo revolucionario. Y esto con más intensidad en la primera edición de la novela, cuyas lecciones, eliminadas en la segunda ¹⁴, revelan casi en su mismo nacimiento el carácter personal e individual de la venganza sugerida por Ana Launer; véase por ejemplo cuando le sugiere a Juan explícitamente que mate a Telesforo ¹⁵, el hombre que le había sustituido al lado de su mujer mientras él se encontraba en el presidio.

A esta consideración se podría objetar que la plasmación novelesca de conceptos políticos e ideológicos se realiza necesariamente, y por la naturaleza misma del medio literario, a través de un proceso de «singularización» de las problemáticas colectivas. En el caso de Sender, no creo que este reparo tenga valor, ya que, cuando había querido dar alcance plural a los impulsos de sus personajes, lo había conseguido brillantemente y con una soltura impresionante, sugiriendo detrás de cada individuo un grupo o una muchedumbre que compartía sus mismas pasiones, valiéndose para esto

¹² Indico la interrupción de la cita mediante los puntos suspensivos entre doble paréntesis.

¹³ Señalo entre llaves las lecciones añadidas en la segunda edición.

¹⁴ Pp. 143 / 189 (ed. cit., p. 198).

¹⁵ Nombre significativo: procedente del griego, quiere decir ‘aportador de muerte’ (pp. 144 / 191).

incluso de efectos «cinéticos» que daban al lector la sensación de movimientos de masas enteras; estoy pensando, al decir esto, en *Siete domingos rojos* y también en *Míster Witt en el Cantón*.

En *El lugar de un hombre*, en cambio, no tenemos esta misma sensación de una pluralidad en movimiento que comparte los mismos impulsos del personaje principal. Se tiene más bien la sensación de una inmovilidad tremenda, que el autor recarga intencionadamente de valor simbólico. Una pluralidad la hay, sin duda: es la minúscula comunidad que hace de telón de fondo a los personajes de Sabino, Vicente y Juan; una comunidad que el lector imagina como absolutamente inmóvil hasta el momento en que se desencadenan los hechos que sustentan la novela; y, cuando empieza a reaccionar ante estos hechos, lo hace al principio muy lenta y torpemente, ya que está sujeta desde siempre con férreos vínculos jerárquicos, de dependencia material y hasta de esclavitud.

Concebido así, el espesor colectivo de las reacciones de la gente se vislumbra de una forma indirecta, sin que pueda percibirse directamente. El aspecto lingüístico refleja este fenómeno claramente: el silencio dominante, el laconismo, la misma torpeza y lentitud de los campesinos a la hora de expresarse, dan la medida de cuán lejano se vislumbra el momento de la rebelión colectiva. Hasta diríamos que la etapa histórica que Sender nos describe aquí es algo como un estadio arcaico. Los pobres narrados aquí no son proletarios, sino pobres «absolutos»; y toda la dinámica puesta en marcha por la huida de Sabino (inculpación, encarcelamiento y condena de Juan y Vicente) es una dinámica referible a un estadio social «antiguo»: los ejemplares humanos descritos aquí, y sus actuaciones entre dos escuálidas aldeas y la tierra baldía del llamado Saso resultan al lector tan primitivos como las formas de vida que Darwin encontrara en la isla de Pascua. Y son objeto, por la elementalidad y «pureza» que Sender les confiere, de un interés que podríamos calificar de etológico, al tiempo que el principal efecto estético es el de una pausada y casi hierática solemnidad.

Solemnidad y tragedia. La atmósfera que envuelve al lector desde el principio es un ambiente de misterio; un misterio que no se puede aclarar con el uso, aquí inconveniente, de la palabra, y menos aún con la lógica racional de la revolución del proletariado, que aquí resultaría facilona y simplista. La solemnidad que se respira aquí es la de la tragedia griega. El romance sobre el falso asesinato de Sabino, que Ana Launer reza en voz alta en el cap. XVI, pp. 191-193, cuando ya la reaparición del supuesto finado es un hecho conocido por todos, corresponde a la voz de un coro que la bruja evoca asumiendo el papel de un corifeo sarcástico y tardío. Los personajes que se mueven en este texto, de manera lenta y pausada pero

irremediable, guardan una honda afinidad con el héroe trágico; desconocen las leyes que gobiernan su propio mundo (piénsese en la «casualidad» a la que hay que obedecer porque sí, según el abuelo); actúan inspirados por fuerzas y voliciones que sienten como procedentes del exterior (piénsese en el famoso «barrunto» que le empuja a Sabino a abandonar su pueblo durante quince años). De ahí que la rebeldía resulte bastante ajena a la estructura de estos personajes, y más aún la revolución, cuyo carácter colectivo supone un grado de organización, tanto intelectual como verbal y factual, que la humanidad narrada en *El lugar de un hombre* no posee todavía. La venganza a que la bruja Ana Launer trata de empujar luego reiteradamente a Juan, es algo muy ceñido al personaje único, solo, distinto, y muy relacionado con su vida íntima. Y si por un lado nada, o muy poco, tiene de colectivo, por el otro tiene, eso sí, un alcance universal: los personajes de *El lugar de un hombre* están movidos por las grandes pasiones universales que habitan al héroe trágico: amor, odio, miedo a la muerte, deseo de muerte. La síntesis artística que Sender logra acoplando este mundo interior, elemental y solemne, con un estilo de vida arcaico, abrupto, marcado por decirlo así por la «estética del harapo», tiene una extraña seducción.

Lo que acabo de señalar lleva a considerar por qué Sender decidió ambientar la novela en el mundo rural aragonés antes que en el campo manchego, donde había ocurrido efectivamente el crimen de Cuenca; y revela que el paisaje familiar se presta mucho más que cualquier otro a la depuración, a la estilización y, para colmo, a la «desrealización».

Un paisaje así, filtrado por una sensibilidad en que laten todavía unas remotas resonancias simbolistas, acaba siendo el que mejor se adapta para acoger una fábula que se quiere presentar como ejemplar, lejos ya de toda exacta referencialidad. Pero, sobre todo, lleva a considerar cómo un texto, pensado como una novela comprometida desde el punto de vista social y político bajo unos auspicios triunfalistas, y con una finalidad eminentemente demostrativa (enseñar cómo el pueblo será capaz de liberarse de la injusticia gracias a un rescate al que tiene un derecho histórico previo), pasa a ser una novela que, sí, tiene mucho de social, pero integra ahora un fuerte componente existencial. Así que el carácter demostrativo es sustituido paulatinamente por un aspecto problemático e interrogante que tiende a alejar el texto de un modelo escueto de novela social, atenuando las certidumbres y aumentando las dudas.

3. «UN MUNDO APARTE»

La novela, al enfocar el tema del lugar del hombre, se dedica también a enfocar detenidamente el lugar de los animales, estableciendo así una serie

de relaciones entre el hombre y el animal. El cigüeñato de los caps. VII¹⁶ y XVI es tal vez el animal al que Sender dedica más páginas en este libro (pp. 96-98, 189-191, 194-195): su historia se encuentra marcada por la secuencia «huida»-«regreso», como la de Sabino, y también como la de Pepe, Juan y Vicente¹⁷. Pero muchos otros animales alternan sus vicisitudes con las de los hombres, proponiendo a cada momento la dicotomía entre «doméstico» y «salvaje» (paralela a la polaridad «deshumanización» *vs.* «rehumanización») sugerida por el planteamiento revolucionario¹⁸. Esta oposición sugiere, evidentemente, ulteriores oposiciones de valores, negativos en el caso de los animales domesticados, positivos en el caso de los salvajes; por ejemplo, la que se da entre artificial y auténtico: el lagarto y el conejo (cap. III, pp. 42, 43), matados nada más encontrarlos en el Saso por los cazadores; la cabeza del cordero asada (cap. II, p. 33) asomando por debajo del chaleco de Tomaser; las raposas con quienes el «monstruo» Sabino comunica a la vez que se demuestra incapaz de hablar con los hombres (cap. IV, pp. 59, 69); el perro del pastor (cap. IV, p. 64), feo y con los ojos inyectados de sangre pero sobreviviente a la agresión de las víboras, y tan distinto a los perros domesticados, que están al servicio de los caciques (caps. III, p. 48 y XIII, pp. 164-167), dispuestos siempre a asumir la «superstición del poder» dominante en sus dueños; el oso domesticado por el gitano, cuya «barbarie muerta» tanto atormenta a Sabino recordándole su reciente pasado... (caps. XVII, pp. 148 / 197, XVIII, pp. 158 / 208, y *Lugar*₁, p. 217¹⁹); todos estos animales se cruzan con los hombres de manera significativa y mantienen con ellos una relación, ya de continuidad, ya de contraste, formando con ellos «un mundo aparte», un universo artístico solidario, un microcosmo atravesado por las mismas energías, habitado por los mismos impulsos.

Pero hay diferencias; en general, salvo los perros domésticos, que son los más ruidosos y crueles, ya que están contagiados por la crueldad de sus amos, los restantes animales van al encuentro de su destino sin dramatismo: incluso si se trata de encontrar la muerte, muestran una indiferencia que está presentada en la novela como un valor positivo. La misma indiferencia que tiene Sabino en el Saso, cuando se encuentra rodeado por los

¹⁶ El cap. VII se titula justamente «Una cigüeña en el Ayuntamiento».

¹⁷ Este movimiento está estudiado en mi introducción a la ed. cit. de la novela, pp. XXI-XXXIV.

¹⁸ Cf. Serge Moscovici, *Hommes domestiques et hommes sauvages*, París, Christian Bourgois, 1979.

¹⁹ Señalo aquí las páginas de la segunda y primera redacción (*Lugar*₁ y *Lugar*₂, respectivamente) reproducidas en el texto y en las «Variantes» de la ed. cit.

cazadores y frente al cacique (cap. IV), la tiene también el cigüeñato frente a los concejales en el salón de sesiones del Ayuntamiento (cap. VII). Con su impasibilidad, los animales sin domesticar demuestran tener una experiencia certera y, por lo tanto, una conciencia propia (aunque nunca aclarada), «ganglionar»²⁰, de la violencia y la muerte. Criaturas mudas, son los sacerdotes del misterio. Un misterio que, por lo tanto, contribuyen a intensificar subrayando el carácter problemático de la obra.

4. ABUELO Y NIETO: DEBATE SOBRE LA CASUALIDAD

De este aspecto problemático se hace portadora, entre otras, una serie intermitente de fragmentos que, en su aparente sencillez (coherente con la sobriedad de los personajes), compendian densos significados filosóficos y políticos. Se trata de secuencias meditativas que entreveran el texto con comentarios sobre los acaecimientos que afectan a los personajes. Más frecuentes en el primer capítulo, se encuentran luego en los caps. III, V, VII y XIX, para formar una línea ideal de conexión con el título mismo de la novela; y, pese a su intermitencia, constituyen un único debate que se desarrolla entre Pepe Garcés (yo narrador-testigo) y su abuelo (personaje-comentador) a propósito de los hechos que perturban al pueblo. En este debate se perfilan dos posturas opuestas —la fatalista y conservadora del abuelo y la progresista de Pepe (convencido de la necesidad de introducir cambios para mejorar las condiciones de los hombres)— que corresponden a dos actitudes filosóficas y políticas también opuestas: quietismo (según la peculiar síntesis senderiana, que Angel Alcalá tildó de muy personal y poco fiel al pensamiento originario de Miguel de Molinos²¹) *vs.* transgresión; conservadurismo *vs.* progresismo, en su doble vertiente revolucionaria y reformista.

Del revolucionarismo se hace portadora también la bruja Ana Launer (criatura por otra parte perteneciente al mundo arcaico y conservador del abuelo), que, incitando a Juan y a Vicente a la venganza, con esa manera suya agresiva y salvaje, casi de arpía virgiliana, aparece como la personificación de aquella casualidad que tanto temor le inspira al abuelo. Lo que ella evoca, en sus invitaciones tanto a la violencia (dirigidas a Juan y Vicen-

²⁰ Para la teoría senderiana de los «ganglios», cf. Charles Luis King, «Sender's Spherical Philosophy», *PMLA*, LXIX/5 (diciembre de 1954), pp. 993-999, y Francis Laugh, *Politics and philosophy in the early novels of Ramón J. Sender, 1930-1936: the impossible revolution*, Lewiston / Queenston / Lampeter, The Edwin Mellen Press, 1996, pp. 9, 90, 91, 94, 96-99, 101.

²¹ Ponencia leída en el congreso *Sender y su tiempo. Crónica de un siglo*, Huesca, 27-30 de marzo de 2001.

te) como a un baile nocturno (que a Pepe le parece absurdo por falta de sentido), es una espiral inacabable de ese desorden catastrófico que las sociedades humanas temen desde épocas inmemoriales reconociéndose incapaces de dominarlo: es la «reciprocidad violenta» de la que habla René Girard, para rehuir de la cual no hay otro remedio sino el recurso al sistema del chivo expiatorio. Del reformismo, en cambio, se encarga Pepe Garcés con sus moderadas aperturas hacia la intervención para conseguir un «cambio»; y también se encarga de esto la trama misma de la novela, sobre todo en el capítulo final, donde resulta evidente que devolver Sabino a su «lugar» (a su pueblo, primero; luego a su casa, y finalmente, y simbólicamente a su silla²²) significa neutralizar aquella situación exclusiva que le había empujado al principio a fugarse al Saso, para invertirla y volverla acogedora. Y supone también el intento de averiguar, a través de un experimento que se plantea en el plano de la fábula, si este cambio es plausible tanto teórica como factualmente.

Si esta polaridad entre fatalismo y voluntad de cambio (oponiendo a la irracionalidad del *fatum* la razón del hombre) fundamenta la visión del mundo humano tratada en *El lugar de un hombre*, el suicidio, la muerte y la violencia son los componentes principales de este mundo sin que se comprenda claramente si son un mal (y, si lo son, si son necesarios o evitables), o si incluso puedan verse como un bien.

Pero veamos de cerca estas secuencias²³. La primera anuncia en el mismo título del primer capítulo la discusión entre abuelo y nieto:

La casualidad dormida. El «Saso» (I, pp. 5 / 17).

La segunda, interna al mismo capítulo, explicita los consejos del abuelo a Pepe:

Un día, poco después de mi regreso, me dijo:

—¿Te has encontrado en la calle o en el camino de los huertos a Ana Launer?

—No, ¿Por qué?

—Si la encuentras —me advirtió con misterio— dale la razón en todo. Dile a todo que sí.

—¿Está loca?

—Mi abuelo no se atrevía a juzgar.

²² Piénsese en el título del cap. XX: «La silla rota».

²³ También para esta serie de fragmentos vale la pena citar por las páginas de *Lugar*₂ y *Lugar*₁, reproducidas en la ed. cit. (texto y «Variantes», respectivamente).

—En el pueblo dicen que es bruja. Yo no creo en esas tonterías, pero...—
se encogió de hombros—. Ve tú a saber.

—¿Cree usted que puede hacer daño?

—Nuestro vecino Antón —explicó mi abuelo con un aire intrigado— se
quiso burlar de Ana Launer un día, y poco después le murieron dos vacas.

—Una casualidad —dije yo.

Mi abuelo se encogió de hombros otra vez.

—Ya te digo que no creo en eso, pero más vale decir amén a todo. No
hay necesidad de provocar la casualidad. Es bueno que duerma. (I, pp. 7-8 /
19).

Debajo de la sencillez y hasta torpeza de su formulación, en los conven-
cimientos que le atribuye al abuelo, Sender plasma con una meticulosidad
que podríamos calificar de científica los conceptos expresados por Jung
sobre el estado prelógico del hombre en un estudio que se publicó en
España en época bastante próxima a la ideación y realización de la novela
senderiana («El hombre arcaico», *Revista de Occidente*, XXXII, 1931, pp. 1-
369). Me refiero sobre todo a la arbitrariedad del razonamiento del hombre
primitivo, para el cual todo es casual, a la creencia de que lo psíquico es
objetivo y llega desde fuera, y al conservadurismo innato de esta mentali-
dad. Un conservadurismo que, según subraya René Girard, es la defensa
preventiva que las sociedades primitivas, sintiéndose acosadas por lo sagra-
do, oponen a la casualidad. La casualidad, por lo tanto, se configura en este
pensamiento como una fuerza latente y amenazadora, casi telúrica, capaz
de destruir en cualquier momento a la colectividad humana²⁴.

En el tercer fragmento, Ana Launer le invita a Pepe al baile nocturno:

—¿Quieres echar un baile conmigo? —me preguntó.

—¿Yo? —dudaba—. Sin música no se puede bailar [...].

—Herederio de Garcés, antes de las doce, bailarás sin música.

La lógica se rompe y nos reímos o nos indignamos. En aquella ocasión
yo me reía. Pero cuando el orden natural se invierte del todo [y se invierte
también naturalmente,²⁵ no basta con la risa ni la indignación [...].

Me senté. Estuve esperando una hora justa. No podía apartar de mi ima-
ginación a Ana Launer, pero mis propias preocupaciones me indignaban. «La
bruja sabe su oficio —me decía—. Consigue turbar a la gente con su saya
blanca y sus bailecitos». Cinco minutos antes de la media noche me dispuse

²⁴ Atisbos de esta misma mentalidad se encuentran en la novela (cap. IV) referidos al
pastor que, en el Saso, se une a los cazadores que acaban de capturar al «monstruo».

²⁵ Van entre corchetes las lecciones de *Lugar*₁ suprimidas o variadas en *Lugar*₂.

a cerrar el brazal, esperando oír la señal de la trompeta del guarda. Cuando la oí, cerré y volví a sentarme al pie del muro. «Es ya *medianoche* [*media noche*] —me dije— y la bruja no reaparece ni yo tengo las menores ganas de bailar. También las brujas se equivocan».

Sobre mi cabeza oí un largo suspiro. Era un suspiro humano, pero mucho más fuerte [...]. Con esfuerzo me volví y encontré en la sombra del muro —la luna se apoyaba justamente sobre él— una cabeza de mulo, negra, de grandes ojos inmóviles [...]. Otra vez lo grotesco.

La casualidad estaba despertando, por lo visto [...] (I, pp. 10-12/21-23).

El mulo, con Pepe a cuestas, se pone a correr, y, al saltar encima de la tapia del cementerio, le desmonta violentamente causándole la ruptura de un brazo.

El episodio se concluye así:

Cuando volví a casa y conté lo sucedido al abuelo, este movía la cabeza y decía:

—¿Por qué no bailaste? Hay que hacer las cosas sin sentido que nos piden, porque si no, despertamos la casualidad y cuando la casualidad se despierta es para hacer daño al hombre (I, pp. 13 / 23).

En el tercer capítulo, Pepe, al recordar las sugerencias de su abuelo sobre la casualidad, recuerda también su propia tentativa de oponer una defensa contra esta amenaza indefinible y misteriosa. Una tentativa que, sin llevar a ninguna solución concreta, denota por lo menos una tendencia a dominar mediante la razón las fuerzas oscuras procedentes del inconsciente. Dice a propósito de los cazadores:

Se dispusieron a salir de nuevo, puestos ya de acuerdo sobre el lugar donde había que buscar al monstruo. Yo había salido fuera porque me estaba prohibido todavía fumar delante de mi padre y tumbado en el suelo pensaba en mi abuelo que había insistido el día anterior en que debíamos dejar al «monstruo» en paz. Volvió con su estribillo de la casualidad. No había que despertarla.

—Se la puede despertar —dije yo— y dominarla.

Mi abuelo se me quedó mirando y dijo: «El hombre no sabe nunca con qué pelear contra la casualidad». Aquello me intrigaba (III, pp. 30 / 39-40).

Al final del quinto capítulo, la primera versión de la novela contenía un comentario del abuelo a propósito de lo que él consideraba una actuación terriblemente peligrosa: la tentativa, por parte del hombre (en este caso el cacique conservador), de torcer el curso de los acontecimientos sometién-dolos a su voluntad:

Yo me quedé con mi abuelo, que repetía:

—*Más valía que se hubiera muerto Sabino. [Pobre Sabino—Más valía que se hubiera muerto. Se refería a la vergüenza que representaba aquel sentimiento de inferioridad que le había llevado a vivir quince años en el desierto. Mi abuelo].*

Me preguntaba el aspecto que tenía, si había recobrado el habla y lo que decía la gente. *Y repetía [Mi abuelo añadía]:*

—Debe de estar loco.

También consideraba una vergüenza para el pueblo el hecho de que un hombre, aunque fuera tan simple y tan incapaz de valerse, tuviera que huir al monte sin delito ninguno. [Mi madre deducía una filosofía sentimental llena de su simple sentido de lo humano:

—Espanta pensar en que hay seres que encuentran preferible la vida en la soledad o entre fieras.

Y mi abuelo me decía a mí, renovando nuestros antiguos diálogos:

—La casualidad. Habéis despertado la casualidad y don Jacinto quiere dominarla, pero no es fácil.

Se quedaba meditando un poco y añadía muy convencido:

—Nunca se sabe lo que va a pasar] (V, pp. 57 / 65).

El tema de la casualidad vuelve a aparecer, si bien de paso, en el capítulo VII, referido esta vez al pensamiento colectivo de los campesinos, a propósito de la serie encadenada de desventuras provocada por la huida de Sabino. Lo cual hace vislumbrar que la mentalidad del abuelo no es exclusiva, sino que está compartida por la colectividad aldeana:

En todos había un sentimiento de incomprensión y a veces de espanto ante los quince años pasados en el roquedal. Pero ese sentimiento estaba rodeado de matices pintorescos o grotescos: el hecho de que hablara con las raposas, que anduviera en cueros, que su mujer entretanto durmiera con otro. En cuanto a los supuestos asesinos de [Castelново como] Castelново, como pertenecían a otro pueblo, veían sólo en la enorme injusticia que habían padecido, *una casualidad contraria e infausta [un mal negocio, como un lanzamiento judicial, o una quiebra]* (VII, pp. 68 / 80).

Hacia el final del libro, en el penúltimo capítulo, el abuelo vuelve sobre su *leitmotiv*; a lo cual el nieto contesta expresando la posibilidad de que una intervención humana pueda no atraer la desventura, sino mejorar el destino del hombre. Esta vez el abuelo, en su estilo oracular, matiza, aunque solo en parte, sus convicciones:

—¿Te acuerdas de lo que hablamos el día que ibais al saso a buscar el «monstruo»?

Yo me acordaba muy bien. Mi abuelo sonreía y con los ojos perdidos en el *aire repetía [aire, repetía]:*

—Ya ves cómo es malo despertar la casualidad.

—¿Aunque sea para el bien de los demás? —decía yo, acordándome de Juan y Vicente.

Mi abuelo hacía un gesto de *gran [una grande] reserva*:

—Esa es otra cuestión {que no tiene nada que ver}. Yo lo que digo es que hay que dejar que la casualidad duerma (XIX, pp. 165 / 216).

Este debate sin polémica, que abuelo y nieto mantienen a lo largo de la novela, se enriquece a continuación, en la segunda versión, con una sentencia de hondo significado «humanista»:

{Por lo demás cada hombre, hasta el más miserable, ocupa un lugar en el mundo y ahora se está viendo} (XIX, *Lugar*₂, p. 165).

Sentencia que sintoniza con la nota puesta, probablemente por el mismo Sender, en la solapa de la misma edición:

El lugar que ocupa un hombre en la vida y en la realidad de cada día es un lugar sagrado. El más insignificante de esos hombres —Sabino, el héroe de la novela— revela sin querer y como a pesar suyo la inmensa importancia que su presencia (como la de cada cual) tenía entre los demás hombres. (pp. LXXVIII-LXXIX).

Dos fragmentos, estos, que, junto con la variante del título (*El lugar del hombre* corregido en *El lugar de un hombre*), se deben a la supervisión definitiva que Sender aportó al texto para la impresión de 1958 y denotan un cambio en la concepción de la novela: un cambio que también llevó a privilegiar, entre los personajes principales (todos igualmente representativos de la condición humana en la primera versión), el personaje de Sabino. Borrados los detalles íntimos que calaban en los pliegues más amargos del destino mortífero de Juan²⁶, abreviadas las páginas que se referían a los tormentos impuestos a Juan y Vicente, en la versión de 1958 Sender había eliminado también sistemáticamente las secuencias intermitentes de una suerte de cuento costumbrista referidas al suicidio de Antonia, la madre de Sabino, que de esta manera había perdido incluso el estatuto de personaje principal. En la segunda versión, Sabino acaba campeando en solitario y concentra en sí (sin que se anulen) los impulsos de fuga y de muerte que en la primera versión compartía con Juan y con Antonia. Impulsos de fuga que, en el sistema victimario planteado en la novela, se corresponden per-

.....
²⁶ Se refieren a Telesforo, el adúltero con quien la mujer de Juan había convivido durante su detención.

fectamente con los impulsos de muerte (tanto la muerte natural, como el homicidio y el suicidio) tratándose en cualquier caso de propulsiones «hacia fuera» provocadas por un contexto social y humano excluyente.

De esta manera, lo que se impone a la atención del lector hacia el final de la obra (y en la segunda versión más acentuadamente que en la primera) es la reintegración conclusiva de Sabino en el pueblo del cual al principio había sido expulsado.

¿A qué se deben esas variantes? A un optimismo que se apoderaría de Sender en 1958 de manera inesperada? Francamente, no creo. Además, los incendios que se multiplican en la finca del cacique conservador (cap. XX) no hacen presagiar nada bueno; antes bien, prometen ulteriores conflictos de los que saldrán nuevas expulsiones, nuevos chivos expiatorios²⁷.

Sencillamente, con estas variaciones, las estructuras ponderativas de la novela, al apoyarse sobre todo en la historia del reaparecido, acaban alejándose del proyecto inicial del 35, que preveía basar el intento demostrativo en la narración de las injusticias padecidas por los otros dos campesinos en tanto representativos de toda una colectividad.

La «parábola»²⁸ de *El lugar de un hombre*, tal como queda configurada por Sender en el exilio, un Sender de regreso de la actitud beligerante y optimista que había tenido en la primera mitad de los años treinta, expresa ahora la posibilidad de que sí, tal vez sea posible intervenir para mejorar el destino de un hombre particular. Pero el coloquio intermitente entre abuelo y nieto denota, en su progresión hacia el final, una disminución de la confianza que toda acción directa pueda incidir positivamente en el destino humano, sobre todo si se trata de un destino colectivo. Los derechos humanos que percibimos, condensados magistralmente, en la palabra *lugar* (tan difícil de traducir a otras lenguas) corren un peligro mortal a la hora de ser defendidos por hombres, o grupos de hombres, inadecuados o sin escrúpulos. De ahí la prudencia y el temor: y la vuelta simbólica al horror que el hombre primitivo le tenía a cualquier síntoma de desorden en tanto asomo de una espiral de violencia (la «reciprocidad violenta» de que habla René Girard) que sería imposible parar.

El comportamiento sibilino del abuelo («hacía un gesto de gran reserva») es sugerente: implica que el problema planteado en la novela a partir,

²⁷ Aquí, como al final de *Epitalamio del prieto Trinidad* (Barcelona, Destino, 1973, p. 172 y sigs.) el fuego simboliza la incontenibilidad de la violencia colectiva. Cf. R. Girard, *La violencia e il sacro*, Milano, Adelphi, 1980, p. 50, y *La antica via degli empi*, 1987, pp. 29-30.

²⁸ Palabra usada por Sender con el sentido de 'trama' (M. Peñuelas, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970, p. 222).

como nos ha mostrado Eoff, de coordenadas científicas (el psicoanálisis, la física) y filosóficas (Schopenhauer, el existencialismo), queda por resolver. La fábula no sirve para llevar a una demostración a la manera de un teorema; el realismo socialista está muy lejos. El enigma es más interesante que cualquier solución.

La injusticia sigue siendo motivo de escándalo para Sender, tanto en 1935 como en 1939 y en 1958. Pero la confianza en la revolución como remedio, manifestada con energía en 1935, se ha perdido en 1958. Queda el valor interrogante de la escritura.